

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

LA MUERTE POLÍTICA

Gabriel E. Merino

La sociedad se constituye en un permanente choque de fuerzas antagónicas que en su devenir de luchas institucionalizan las “victorias” de las partes. Los códigos, las leyes, los valores culturales hablan de una victoria y de una derrota, que se dieron en un proceso histórico dinámico, en donde el poder y las estrategias de cada una de las parcialidades se desnudaron para combatir. Los procesos de crisis históricas se cierran con triunfos que poseen sus “héroes de batalla” los cuales institucionalizan sus valores, normas de conducta y máximas de un tipo cultural inherentes a su reproducción y cristalizan, mediante prácticas de dominación su relación de poder con respecto a la otra u otras clases. La “sangre seca” está contenida en las normas, es su trasfondo, su tinta, es lo que habla de lo que en “realidad” *es* y de su posibilidad de emergencia.

Aproximaciones

*“Porque si los últimos serán los primeros,
no puede ser sino tras un enfrentamiento decisivo
y a muerte entre los dos protagonistas”¹*

La muerte política es la instancia fatal de la especificidad de la política. Es el momento donde la crudeza se presenta como verdad inquebrantable de cualquier disputa. Paradoja de un mundo que pregona una ética donde la vida se realza en las superficies y en los sótanos se la suprime. Instante de pregunta, entonces, cuando desde lo profundo de las luchas cotidianas

¹ Fanon; *Los condenados de la tierra*.

acontece, a la luz de los ciegos de humanidad, el terrible esplendor de la muerte. El instante percibido se expresa como un sentir y se incrusta en la historia de aquel que sintió. Y cuando desde el sentir florece una comprensión, cuyo impulso deriva en pensamiento, la historia se escribe desde la praxis. Sentir-comprender-pensar-actuar son los momentos que componen la catarsis. Todo pensamiento vivo procede desde un sentir; por el contrario, el pensamiento muerto proviene de espíritus cansados con sus sentidos atrofiados, y frío como los aires del polo, congela las articulaciones.

La muerte política, la aniquilación física del cuerpo, aturde los oídos y descongela la sangre. El que la siente cerca suyo, el que ve morir y se identifica con el muerto, quien descubre como Rodolfo Walsh que la violencia se manifestaba en sus narices bajo el silencio impuesto por el que mata, será marcado por esa ráfaga de poder y determinado en una posición, aunque sea latente, de lucha, por más que el miedo lo recubra con su fino manto de hielo. Hará resistente su piel ante el frío pavimento y desnudará ocasionalmente su voluntad escondida y aplacada.

Basta pensar en la cantidad de organizaciones políticas de los sectores populares, y revisar sus nombres, para observar la construcción de la identidad política a partir de un luchador social que fue asesinado. Aníbal Verón, Santiago Pampillón, Darío Santillán, Claudia Falcón, Azucena Villaflor, Teresa Rodríguez, etc., nombrando solo a aquellos que más rápidamente se me vienen a la cabeza. Estas no son personas conocidas o referentes en vida, pero saltan a la escena producto de su muerte, y son recuperados en un universo de significaciones que construyen la subjetividad de un movimiento. La carga depositada sobre estos personajes resalta la necesidad de la lucha y, por lo

tanto, la posibilidad siempre presente de la muerte con que se enfrentan los individuos que pretenden transformar su realidad o ser voluntades activas en las redes de poderes que se tejen y configuran la sociedad. Aquí el personaje es despojado de su individualidad y se resignifica quedando objetivado como símbolo de lucha, actuando después de la muerte a través de las mediaciones que lo hacen posible y que él hizo posible. En este sentido, la muerte individual solo se significa y adquiere heroísmo en tanto que pertenece a un grupo y, en tanto que ese grupo es experimentador de nuevas formas de vida y concepciones del mundo, esa muerte aparece pariendo vida; se encuadra dentro de un valor humano donde se disuelve la idea de individuo: no es en el individuo donde nace y muere la vida, sino que es en grupo, y la muerte luchando por un colectivo es realizada como generadora de vida.

A partir de estos primeros esbozos del significado de la muerte política, podemos entender la frase de Marcos “para vivir morimos”, es decir, aproximarnos dentro del campo de lo inteligible a la destrucción de la idea de muerte como fin o paso a otro estado o a otro mundo. La muerte política es formulada como necesidad para la vida, pero por fuera de toda ley natural y, a la vez, fuera de todo transcendentalismo. Y esta es una de las particularidades de la muerte política así formulada: nunca vuelve como farsa sino siempre como tragedia. La pesadilla que recae sobre los vivos son a la vez, en este caso, sueños que constituyen la trama de su acción. Su recuperación no es nostálgica, sino que deviene como sentido que reimpulsa la materialidad de la historia en el devenir de su transformación. Se significa dentro de una fuerza vital cargada de algo nuevo. Cuando vuelve como farsa, ya no hay lugar para la frase de Marcos, sino que la nostalgia se apodera de las voluntades

constituyendo un retorno de lo mismo y no un retorno del ser, es decir, no un retorno de la creatividad como diferencia y voluntad histórica revolucionaria.

La muerte política desnuda la negativa de las voluntades a ser parte del rebaño. Es aquí donde se ve que el proyecto burgués siempre queda inconcluso: el programa de generar cuerpos políticamente dóciles y económicamente útiles, siempre se enfrenta con múltiples resistencias. Siempre renacen las voluntades como renace un arroyo en primavera, cuando el sol roza la nieve obligándola a fluir sobre un cauce seco y rocoso, que poco a poco riega el valle. Y esto no es por mística o por una suerte de ley natural, sino porque el hombre es necesariamente creativo, se crea a sí mismo y transforma permanentemente su existencia resolviendo de diferentes maneras un modo de vida, desafiando el legado impuesto. Las resistencias van generando una experiencia y esta contiene y conforma el imaginario de una clase y su propia identidad histórica. La experiencia de las luchas conforman el mito, como escribe Gramsci, “una ideología política que no se presenta como una fría utopía, ni como una argumentación doctrinaria, sino como creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva”. La muerte política es un componente fundamental del mito; los muertos en lucha, los que mueren para vivir, son hilos con los que los hombres tejen la historia y la significan.

La muerte política no solo desnuda el enfrentamiento cotidiano sino que vuelve como componente de ese enfrentamiento, y como significado que lucha por emerger desde los oscuros talleres de la conciencia.

La muerte se encuentra en los dos momentos de la política: en el momento de la fuerza y en momento del consenso. En nuestra sociedades modernas los dos momentos se explican como naturales, en los cuales la muerte política se mutila y tergiversa bajo dos formas: el origen como contrato_ sumado, claro está, al proceso idílico de diversos héroes de batallas “humanas”_ donde desaparece el instante de la violencia y de la fuerza; y por otro lado el momento del consenso, donde el conflicto aparece como patológico y la muerte política se judicializa, proceso por el cual se le quita su carácter político o, directamente, desaparece en las tinieblas de la mediatización selectiva, bajo la fetichización de una legalidad. En los dos casos se ocultan las batallas y se calla sutilmente al vencido (esto no quiere decir que no se lo nombre).

Estos dos momentos son dramatizados por Gramsci, incorporando una fuerza en el lenguaje que nos permite sentir la política: al momento de la fuerza lo denomina catártico, es decir, instancia genial de transformación de la sociedad, instante de purificación de las pasiones y pasaje de lo económico a lo político, siendo lo político superador de la lucha de fuerzas propiamente económicas; y al momento del consenso se refiere como orgánico, es decir, el equilibrio de fuerzas y poderes que se produce por una catarsis colectiva paralizada, pero que siempre está en movimiento por la propia catarsis de la política. Instante creativo y momento organizador de las pasiones humanas, que se conciben como permanentes en el devenir de la historia. Su lenguaje intenta captar esa amplitud vital de la política para no quedar reducido a un tratado o a mera ideología _ propuesta de hablar fluyendo con el devenir de la historia tratando de captarla en toda su riqueza para transformarla. Entonces,

de mi parte, intentar entender la superposición entre estos dos momentos, para “descubrir” las dimensiones en que la muerte política significada dentro de una fuerza de transformación, es organizadora de la catarsis y demoledora de lo orgánico. Es por ello que, entiendo, las fuerzas dominantes y reaccionarias la anulan y la sepultan mediante el contrato del origen o le quitan su fuerza individualizándola y judiciadizándola, desplazándose por fuera del plano político. No se trata de hacer un altar sobre la muerte o de retomar la tradición épica y glorificar a nuestros muertos. Simplemente aproximarse a la crudeza del instante y la fuerza que contiene sentirla. Quizá Nietzsche y Marx sean los más contundentes al desnudar estos procesos.

Tejiendo citas

Estos dos autores descalabran con sus afirmaciones muchas de las construcciones ideales propias de la ideología burguesa, por las cuales se cuenta la historia del nacimiento de la sociedad capitalista como si fuera producto del desarrollo de un proceso natural y pacífico, en donde hombres racionales pactaron y establecieron un contrato mediante el cual se instauró el estado y desarrollaron mediante su trabajo, ahorro y austeridad, la economía capitalista. Donde la muerte política desaparece de escena y la violencia del origen queda sepultada bajo el polvo de significaciones que cubren el campo de batalla, Marx y Nietzsche, la reinstalan en la representación de la historia. El efecto es contundente, desestabilizador, ya que permite re-presentar el conflicto e introducirlo como herramienta de inteligibilidad del presente. Nietzsche, en *La genealogía de la moral*, comprende el nacimiento del estado

bajo las siguientes palabras: “He utilizado la palabra Estado: ya se entiende a que me refiero _una horda cualquiera de rubios animales de presa, una raza de conquistadores y de señores, que organizados para la guerra, y dotados de la fuerza de organizar, coloca sin escrúpulo alguno sus terribles zarpas sobre una población tal vez tremendamente superior en número, pero todavía informe, todavía errabunda. Así es como, en efecto, se inicia en la tierra el ‘Estado’: yo pienso que así queda refutada aquella fantasía que le hacía comenzar con un contrato.” Marx, por su parte, afirma algo parecido cuando define el proceso de acumulación originaria en *El Capital*: “Sabido es que en la historia real desempeñan un gran papel la conquista, la esclavización, el robo y el asesinato; la violencia en una palabra. En la dulce economía política, por el contrario, ha reinado siempre el idilio. Las únicas fuentes de riqueza han sido desde siempre la ley y el trabajo...”, lo cual trasladado a la historia real de Inglaterra se manifiesta de la siguiente manera: “La depredación de los bienes de la iglesia, la enajenación fraudulenta de las tierras del dominio público, el saqueo de los terrenos comunales, la metamorfosis, llevada a cabo por la usurpación y el terrorismo más inhumanos, de la propiedad feudal y del patrimonio del clan en la moderna propiedad privada: he ahí otros tantos métodos idílicos de la acumulación originaria.”

El estruendo del origen hace eco sobre el momento del consenso y en su resonar hace vibrar los muros y los espejos. Nietzsche continúa y en su *Zarathustra* denuncia lo que concibe como la muerte política más grande de la humanidad, el genocidio continuo y cotidiano de los pueblos. Llama a su verdugo “Estado, el más frío de todos los monstruos fríos. Y miente fríamente, siendo su mentira esta: ‘Yo, el Estado, soy el pueblo.’ (...) Hombres

destructivos arman trampas para atrapar multitudes y las llaman Estado; suspenden sobre ellas una espada y cien apetitos.” Después de la fuerza, la trampa. En este sentido, Marx asevera que “el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la burguesía”, y más adelante continúa diciendo en el *Manifiesto Comunista* que “el poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de la otra”.² Desde el plano del análisis del lenguaje y los valores de Nietzsche, y desde la óptica política y económica de Marx, sembrarán un suelo que servirá como matriz del desarrollo de una “Teoría Crítica” o un conjunto de herramientas que reinstalan en la explicación histórica la violencia, la muerte y la dominación. De este suelo llegarán afirmaciones como las de Foucault, quien afirma que “la guerra es la cifra de la paz”³. No solo dejarán una caja de herramientas sino también un juicio existencial: alienación y el espíritu de rebaño pueden ser entendidos en ambos autores como muerte de la voluntad, de la creatividad y sometimiento al dominio del otro, y por lo tanto, como los “grandes males” o enfermedades de las sociedades modernas, ya que aniquilan al “hombre”.

Fanon traslada la Europa pensante a la colonia y la concretiza en una realidad inefable, en donde la violencia cruda no encuentra mediaciones que la apacigüen y, por lo tanto, la especificidad y el momento límite de la política, recubre la totalidad de la experiencia y reescribe cotidianamente el origen. El origen se eterniza por sus repeticiones, el consenso solo aparece como una

² Vale hacer la salvedad de que Marx no utiliza como sinónimos Estado y poder político o gobierno; siendo el Estado la correlación de fuerzas que se da en un territorio entre las diferentes clases sociales y el poder político o gobierno se refieren al estado práctico, es decir, la administración, la burocracia, etc. Aquí la diferencia con Nietzsche es abismal, pero desde el punto de vista que posee este trabajo considero comparables las posiciones.

³ Michel Foucault, *Genealogía del racismo*.

cuestión impuesta, por lo tanto negado, y la fuerza expresa la relación: “En los países capitalistas, entre el explotado y el poder se interponen una multitud de profesores de moral, de consejeros, de ‘desorientadores’. En las regiones coloniales, por el contrario, el gendarme y el soldado, por su presencia inmediata, sus intervenciones directas y frecuentes, mantienen el contacto con el colonizado y le aconsejan, a golpes de culata o incendiando sus poblados, que no se mueva. El intermediario del poder utiliza un lenguaje de pura violencia”. La “teoría crítica” alcanza entonces su paroxismo y se convierte en teoría de la violencia. El marxismo no alcanza, la división es extrema: negro contra blanco. La clase social es superada o integrada de manera subordinada por la lucha de razas. La violencia es liberadora, es catarsis colectiva; la muerte del blanco es a la vez construcción de sí mismo del negro, es la adquisición de humanidad por parte de colonizado. La muerte política gobierna y baña la realidad de sangre: es cotidiana, repetida y a su vez liberadora. Aquí la muerte es muerte, de lo contrario deberíamos entender que la política es todo y nada a la vez; no puede haber muerte política si no es una instancia fatal de la misma ya que de este modo quedaría negada la política. El límite aquí es frágil e indescifrable: si bien afirma que hay que politizar lo que el francés despolitizó y unificar a través de la política, cuando la política es reducida a la violencia es, de alguna manera, negada. En este sentido la muerte política no conmociona, no retorna como identidad ni es forjadora de una inteligibilidad sensible: totaliza la experiencia, pierde su sentido dramático y se significa bajo una épica.

Bajo el mismo suelo pero situado en las sutilezas de un cotidiano gris y mutilado, con olor a muerte y nostalgia, con gusto a encierro y sensaciones

enjauladas, se encuentra Martínez Estrada con *La cabeza de Goliath*. Aquí los personajes casi que desaparecen y solo quedan las estructuras mohosas y suavemente violentas que constituyen la ciudad; horrorosas importaciones que se congregan en algunos kilómetros cuadrados de “celdas y prisioneros” que vigilan, controlan y absorben su paradójicamente indómito alrededor: el resto, el campo... El maquineísmo entre colono y colonizado de Fanon, constitutivo de la ciudad compartimentada y dividida en dos, se expresa aquí tras el maquineísmo entre la ciudad de Buenos Aires y el resto de la Argentina. Buenos Aires es una función: un puerto, un paso, un túnel, una manguera de extracción. La muerte aparece a nivel estructural y olvidada. La ciudad mata *-no solo subyuga-*; “la ciudad, después de haber absorbido al ‘hombre terrible en libertad’, mata al ‘hombre terrible en cautiverio’. Toda ciudad desea su propio fin, y la vesania de la guerra, que nace en las ciudades perfectamente disciplinadas, es el corolario de la vida cotidiana, de guerra en la paz.”⁴ La ciudad mata atrofiando los sentidos, “acorta y enturbia la vista, encallece el pie, embrutece el oído. El olfato es atrofiado insensiblemente, como sentido de la intemperie y de los efluvios terrestres. ¿Quién huele la ciudad? Es inodora.” Mata porque su deseo es objetivar a las personas e integrarlas funcionalmente en la máquina, bajo el molde de ciudadanos. Aquí la muerte también es política, porque quien no “siente” recae en la docilidad reproductora que establece la terrible maquinaria. Martínez Estrada navega profundo, ya que nos simboliza mediante la ciudad relaciones sociales. Es decir, relaciones que se establecen completamente deshumanizadas, bajo reglas rutinarias, objetivas y formales que actúan sobre cuerpos disciplinados y mutilados, sobre grises

⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliath*.

autómatas, donde la ciudad es el escenario de “inmóviles nulidades”. Y expresa esto analizando justamente los sentidos y la reducción de los mismos a funciones de arreo del cuerpo para el desplazamiento ciudadano: “Nuestros oídos calculan precisamente la distancia del peligro y la vista pierde su cualidad óptica para reducirse a una función compleja de espuela, rienda y freno, al gobierno material del cuerpo que anda entre cuerpos contra los que no hay que chocar”.

Este tipo de muerte política, dirigida en una estrategia sobre los cuerpos, en donde la ciudad se alza como conjunto de mecanismos que moldea los ciudadanos, ha sido puesta en cuestionamiento por Martínez Estrada mucho antes que Foucault, inclusive utilizando la metáfora de la cárcel. Cuando mira a la ciudad desde su ventana y observa otras ventanas y casas cerradas construye el siguiente pensamiento: “No puedo evitar la idea pertinaz de que se trata de celdas, con aberturas por donde entran el aire y la luz; y sale, como la mía, la mirada del morador. Se trata de celdas y de prisioneros. Me es más fácil pensar que todos estamos presos, aunque el guardián haya desaparecido hace años o siglos.” Aunque la profundidad, el lenguaje y la simpleza de estas oraciones estén más cerca de Nietzsche que de Foucault.

Sin embargo, al ser una relación social la aquí denunciada, vale agregar la imposibilidad de que una forma lo abarque todo, que monopolice el dominio de los hombres y los discipline con una estructura burocrática global. Las luchas siempre emergen y llenan de piedra, humo y palos el engranaje. Los sentidos resisten su vulgarización y desde el suelo brota la humedad

estropeando los cimientos de hormigón que sostienen el trono. Que mejor ejemplo que el de la Argentina, que sufrió el genocidio más grande de Latinoamérica, y donde hoy empiezan a renacer la voluntad de lucha del pueblo y las organizaciones sociales que impulsan la transformación social. Las 30 mil muertes políticas físicas durante la dictadura muestran el esplendor del horror, la barbarie que esta dispuesta a establecer el capital en caso de que baje su tasa de beneficio o se encuentren en peligro las relaciones sociales establecidas para su reproducción. La utilización de la aniquilación física por parte de los grupos sociales que pasaron a controlar el poder político institucional, nos muestra la unidad de estas dos tipos de muertes políticas que se trataron anteriormente y que son diferentes momentos de una misma batalla. La muerte política como anulación de la voluntad de un colectivo a través de su sometimiento a determinada forma de dominación, la muerte de la que habla Martínez Estrada, en donde el hombre es convertido en autómeta, siempre es negada y puesta en cuestionamiento, no pudiendo llegar nunca a abarcar todas las formas de existencia de una sociedad. Pero cuando esto sucede en la historia, cuando los “pueblos”⁵ comienzan a rearticularse y politizarse, dando lugar a nuevas expresiones que manifiestan sus deseos y necesidades, la muerte política física aparece en escena. Es por ello que es la instancia fatal de la política, ya que muestra el acto de la aniquilación del cuerpo que se resiste a ser parte del engranaje, y en este sentido desnuda con toda la crudeza de su impacto el carácter ilusorio de la legalidad burguesa. Y cuanto más fuerte es el proyecto y la organización de un pueblo para transformar el orden de cosas establecido, cuanto más fuerte es el mito, tanto más fuerte es la

⁵ Entiéndase por pueblo a la clase trabajadora en sentido amplio.

violencia que se descarga para aniquilarlos. Nuestras 30.000 muertes son un ejemplo de ello y dicho número se multiplica cientos de veces si se comprende también que esta muerte política significó el establecimiento de un orden completamente deshumanizado que produjo en el dominado la aniquilación de su voluntad de poder, de su capacidad de influir activamente sobre el mundo. En este sentido sostengo que lo que sacude es la “muerte física”, lo que da escalofrío y deja sin respuesta son los 30 mil desaparecidos, lo otro es una denuncia de la que ningún fiscal se hace cargo y solo es retomada como denuncia del “espíritu” y juicio social.

Estas muertes vuelven sobre un presente que las introducen en las calles y los cánticos de los militantes. No se trata de épica, sino de una identidad, que dentro de las multiplicidades que la constituyen, retorna siempre como drama, resignificada, para experimentar una nueva lucha. Vasta escuchar en una marcha: *Somos de la gloriosa juventud argentina/ la que hizo el cordobazo la que peleó en Malvinas/ a pesar de los golpes y de nuestros caídos/ la torura y el miedo, los desaparecidos/ no nos han vencido; o el grito presente!* cuando se nombra a luchadores sociales que han muerto, seguido por tres *¡Ahora y siempre!* que explota sobre el final, para experimentar la cruda posición del que lucha, la continuidad de la sangre, la identidad que se vertebra y se expresa en canto: La muerte política significada en un colectivo junto con otros elementos de la historia Argentina para constituir el mito de los luchadores actuales.

“Para vivir morimos” dice Marcos apareciendo como vencedor antes de vencer, al mismo tiempo en que se lucha, ocultando que muriendo muere la

forma de vida que lleva en su sangre el vencido. Pero oculta como debe hacerlo cualquier buen luchador, proclamándose eternamente invencible, poniendo ante su rival una ecuación indescifrable y desesperante: muerte=vida. Marcos sale ileso de la trampa que nos presenta el humanismo individualista, por el cual la muerte humana es condenada más allá del momento y del contexto en que se presenta, como instancia fatal de la violencia, donde lo político queda desplazado a un segundo plano o condenado. Marcos ametralla con una frase que posee siglos, un enigma que siempre se plantea recubierto con diversas palabras. Como afirman los chicos que escribieron *Maxi y Darío dignidad piquetera*: “Darío volvió por todos” por eso vuelve siendo canto, identidad, mito.

Anexo

Desde adentro

En la calle

*residuos de gomas hechas cenizas diciendo su palabra,
la piedra oscura después de la lluvia de deseos,
el humo negro, suspendido todavía,
reclamando un mundo azul.*

Una arteria cortada

*que inunda la realidad de sangre;
el monstruo que grita, patalea y apalea
a microbios hermosos que luchan por su verdad
cortándole las venas,
construyendo un mundo sin explotación,
mirando más allá de las cegadas pupilas.*

El monstruo no soporta:

Emparcha.

Reprime,

Mata,

Droga,

Se desespera;

*el germen lo come con su hermosura,
con su espíritu fuerte y noble,
con su verdad tanto tiempo oculta _Ocultada.*

El mediodía se acerca,

*el sol va haciendo miel los espíritus,
el susurro en canto se alza en las gargantas,
la temerosa corteza se destruye en mil pedazos,
y el mediodía grita desde un futuro que es hoy
¡al sol ya no lo van a parar!*

Poesía escrita en el momento en que me dicen que han asesinado a un piquetero del MTD de Esteban Echeverría, en el año 2002.